

Claudio Campagna

SOBRE LA FOCA ELEFANTE
HISTORIAS NATURALES DE LA PATAGONIA

Sobre machos, jóvenes y adultos,
exitosos y perdedores, todos
diferentes, algunos para recordar
(fragmento)

*II. Sobre el arte de entrenar la paciencia:
Interpretando el comportamiento de Ódon*

Para un observador casual, la agresividad podría parecer la característica más importante para llegar a ser exitoso en el mundo de los elefantes marinos. Por mi parte, opino que la cualidad más oportuna es la paciencia. Esperar el momento justo es más importante para un elefante que su impulsividad, y esto se aplica tanto a machos dominantes como a subordinados. Es cierto que el poder tiene que estar sustentado en bases sólidas: un macho paciente pero chico tiene pocas opciones frente a uno impulsivo y grande. El tamaño juega un rol preponderante a favor de la dominancia. Pero una vez que se supera la marca de los 4,5 m, medir 4,6 m, 4,7 o incluso 5 no permite una predicción indefectiblemente acertada del resultado de una lucha. Con paciencia y buena estrategia, un macho de 4,5 m de largo

puede defender un harén de mayor tamaño que el de un macho un poco más grande.³

Son varias las razones que favorecen la paciencia frente a otras actitudes. Así, un macho paciente:

- *Evita exponerse innecesariamente.* Pavarotti, por ejemplo, era el macho alfa de Punta Madre en 1995. A mediados de octubre, decidió explorar otro harén (en el suyo la mayoría de las hembras no habían llegado en el momento de la receptividad sexual, por lo que no parecía perder demasiado con una incursión a los harenes vecinos). Sin embargo, tuvo que salir a imponer su dominancia y se encontró con machos periféricos de otros harenes que podían más que él. El resultado fue la pérdida de su harén y el exilio a una playa solitaria, donde terminó la temporada a 100 metros de las mismas hembras que alguna vez había controlado como líder supremo.
- *Economiza esfuerzos.* Trasladar por tierra un cuerpo de tres toneladas cuando la arena se hunde debajo de las aletas extenua hasta al más potente. Peor aún, el gasto de energía se produce al tiempo que el animal se encuentra ayunando y debe reservar energías para lo mejor de la temporada: el momento en el que la

³ El Dr. Richard Laws, posiblemente el biólogo más relevante en la historia de las investigaciones sobre el elefante marino del sur, sugirió que el sistema social de los elefantes marinos durante la temporada reproductiva (harenes bajo el dominio de algunos pocos machos que se aparean en tierra) es el resultado de que las hembras se encuentran sexualmente receptivas *antes* de destetar a su cría. Si la receptividad fuese posterior al destete, los apareamientos podrían tener lugar en el agua. Las hembras podrían ser interceptadas por los machos antes de partir a su viaje de alimentación, los machos más exitosos no serían necesariamente los más grandes sino los más ágiles, y el marcado dimorfismo sexual podría ser menor, o podría evidenciarse en morfologías diferentes.

mayor parte de las hembras se encuentran sexualmente receptivas. Mucho trajín a destiempo termina en el exilio, justo cuando comenzaba a ser importante invertir todos los esfuerzos en reproducirse.

- *Optimiza esfuerzos (para estar en el lugar exacto en el momento apropiado)*. El *timing* de un macho, su sentido de tiempo y lugar, es el secreto de una vida exitosa. Elegir la playa equivocada, por ejemplo, predice el fracaso reproductivo. Machos de extraordinario porte muchas veces defienden harenes de media docena de hembras. Por el contrario, machos relativamente pequeños a veces controlan harenes que terminarán siendo enormes en el pico de la temporada, por lo que deben abandonarlos o contentarse con una parte de un gran harén escindido.
- *Asegura el mayor número de apareamientos*. La parte crítica de una temporada reproductiva no es el inicio. Desde la llegada de una hembra a la costa hasta su receptividad sexual transcurren semanas (durante las que ocurre el parto y el período de lactancia de la cría). Los machos inquietos hostigan a las hembras cuando aún no se encuentran listas para el apareamiento. De esta manera, no sólo gastan energías, sino que generan un contexto social inestable en el harén. Por ejemplo, llaman la atención de muchos otros machos que deciden investigar la situación y muchas veces dominan al macho urgido por un apareamiento prematuro. Además, un apareamiento forzado tiene menos probabilidad de concluir en una fertilización exitosa.

Lo dicho hasta aquí, pone en perspectiva a Ódon y explica el porqué de mi admiración por este macho en particular. Sin duda, Ódon se acercaba al macho de elefante “perfecto”.

to". Dominaba desde la honestidad de su fuerza, dejaba pasar situaciones que hubiesen promovido una lucha en otros machos, pero no tenía compasión por los que amenazaban sus intereses. Ódon era estratégicamente magnífico. Seguíamos sus movimientos como un partido de ajedrez; nunca pude encontrarlo en un error de decisión. Podría pensarse que es presumir demasiado cuando un investigador del comportamiento animal cree saber más sobre la especie que estudia que los mismos individuos que conforman esa especie. Sin embargo, la observación cercana de centenares de individuos en casi todos los contextos posibles del juego reproductivo otorga cierta licencia para la jactancia. En cada temporada de trabajo es común ver a machos reproductivos tomar decisiones desfavorables a sus intereses. Un observador bien entrenado puede anticipar intenciones y resultados con baja probabilidad de error. Con la experiencia, los repertorios comienzan a acortarse y las predicciones se ajustan casi hasta la perfección. Este conocimiento le permite al investigador, por ejemplo, ubicarse en el lugar más apropiado para obtener la información que necesita sobre un evento que está por ocurrir pero del que ya sabe sus pasos lógicos. Es en este contexto que las decisiones de Ódon nunca pudieron ser cuestionadas.

Pero lo más admirable de este animal se encontraba en los detalles de su comportamiento. En los momentos de mayor tensión, cuando se iba a enfrentar con Gran Aleta, impulsado a toda marcha con la trompa hinchada y expresión de furia en las arrugas de la nariz y en los ojos, levantó la aleta izquierda para esquivar a un cachorro atolondrado que se encontraba en su paso. En la ocasión que acorraló a Traffic, un macho joven e inexperto, frenó a tiempo un golpe que estuvo muy cerca de aplicar y que, de haberle caído en la espalda, le hubiese fracturado la columna matándolo instantáneamente (evento que hemos registrado en otras oportunidades involucrando a otros machos). Ódon

no perdonó, sin embargo, a Miel, un macho de su mismo porte que insistentemente puso a prueba su paciencia hasta que una lucha de veinte minutos dejó las cosas en claro. La consecuencia de esa lucha fue tal que Miel, con un colmillo menos, directamente abandonó la playa por el resto de la temporada.

Hoy, a 13 años de la primavera de 1988, recorro la tarjeta de identificación de Ódon (en realidad son 15 tarjetas que registran todos sus apareamientos y luchas durante las horas del día) y entiendo que estos documentos son lo único que existe en este mundo, que un humano puede entender, sobre su historia. Ódon fue sin duda el ídolo de ese octubre de 1988. Un ídolo de una temporada, porque nunca más lo volvimos a ver.

III. La decisión de luchar o no luchar: Notas sobre estrategias de defensa de un harén

Cuando dos machos están a punto de enfrentarse en una lucha, deben tomar decisiones de crucial importancia para su supervivencia y reproducción. Las observaciones del comportamiento sugieren que dos potenciales contrincantes miden sus capacidades físicas antes del enfrentamiento o en los primeros instantes de la lucha. Si la estimación de capacidades es correcta y la decisión fue retirarse, entonces el animal habrá evitado heridas graves. Si es incorrecta y resulta en la retirada, el macho habrá perdido tal vez la mejor oportunidad de su vida para reproducirse. Esta afirmación no es exagerada, dado que un macho que decide involucrarse en una verdadera lucha por el poder, en general se encuentra en plena madurez reproductiva, una condición que dura sólo dos o tres años en los elefantes mari-

nos. ¿En qué se basa un macho para tomar decisiones?, ¿qué papel juegan el tamaño del cuerpo o las vocalizaciones que anteceden a toda lucha?, ¿qué señales se envían?, ¿qué señales interpretan?

La dificultad que implica defender un harén de 50, 100 o incluso 150 hembras es sorprendente. Cien hembras agrupadas pueden ocupar media hectárea de playa. Una gran cantidad de hembras atrae a muchos otros machos reproductivamente activos. Si el macho de mayor jerarquía, el que accede a las hembras sin que otros puedan impedirlo, persigue a un invasor en un extremo del harén, casi con total seguridad uno o más machos, en el extremo opuesto, aprovecharán para intentar acceder a las hembras. Un buen macho dominante reaccionará a esta usurpación trasladándose al extremo opuesto del harén, a los fines de coartar los intentos de los invasores. La actitud de un macho dominante que se desplaza para alejar a un competidor es típica: la nariz tensa, la expresión facial amenazante, el avance rápido en una dirección precisa que no se detiene ante casi nada.

Algunos invasores parecen poner a prueba las intenciones del macho dominante y no abandonan su posición hasta que éste se encuentra a pocos metros de ellos. A veces parecería que la exposición al riesgo no es el resultado de una estrategia para determinar la seriedad de una intención sino una duda acerca de cuál es el objeto de la amenaza (algo así como: ¿seré yo el problema o será otro que también anda cerca y que yo no advertí?). Pero cuando un transgresor descubre que es él el objeto de la ira, reacciona como golpeado por un rayo. Con los ojos literalmente desorbitados, da media vuelta y escapa como puede. El perseguidor, que ya viene desplazándose a mucha velocidad, acorta distancias rápidamente. Por instantes, el observador tiene la impresión de que el transgresor esperó demasiado; presagia que el mal cálculo terminará en un desastre. Sin embargo, la mayoría de las veces, lo que aparenta ser el prólogo de una ejecu-

ción, termina siendo una simple llamada de atención: el alfa detiene su carrera, eleva cabeza y pecho hasta despegar completamente de la playa las aletas anteriores y mira atentamente cómo el invasor toma velocidad y se aleja.

En ocasiones, un macho dominante continúa la persecución de un intruso hasta alcanzarlo. Cuando se encuentra a dos o tres metros del perseguido, éste siempre gira para favorecer un encuentro frontal. Un golpe por detrás es más peligroso para la vida del macho jerárquicamente inferior que un enfrentamiento en el que expone el pecho. Estos enfrentamientos duran poco y a veces ni siquiera implican demasiado contacto físico. El macho de menor jerarquía, de frente a su perseguidor, sigue retrocediendo, esta vez marcha atrás, y recibe sólo uno o dos golpes antes de lograr poner mayor distancia entre él y su contrincante. Cuando ya no está al alcance de los golpes, vuelve a girar y escapa con la mayor rapidez de que es capaz. Un fenómeno interesante, que a veces se asocia a esta situación, es la respuesta vocal particular del macho perseguido: ¡mientras retrocede marcha atrás, puede emitir sonidos que tienen las características de las vocalizaciones de hembras y crías! En vez de responder con el típico sonido grave propio de un macho adulto, el mensaje del apocado subordinado tiene signos opuestos.

Analizando el problema de un macho dominante, puede verse que su tarea, si bien exigente, puede particionarse en función del principal recurso que se encuentra en juego: las hembras. No todas las hembras de un harén se encuentran en las mismas condiciones reproductivas en un momento dado. Algunas están aún preñadas, otras acaban de parir, otras se encuentran en las primeras semanas del amamantamiento y finalmente algunas están cerca de la receptividad sexual o incluso en el momento más importante de su receptividad sexual. Estas últimas son las de mayor importancia reproductiva y las que deberían recibir la mayor aten-

ción por parte de todos los machos, especialmente del dominante de ese harén particular. En un momento dado, un harén tiene entre el 10 y el 30% de las hembras en condiciones de apareamiento. Temprano en la temporada, prácticamente ninguna de las hembras se encuentra receptiva, mientras que hacia la primera semana de octubre, un harén de 100 hembras puede estar integrado por 20 de ellas dispuestas a aparearse. El problema del alfa en ese momento es asegurarse de ser él quien se aparee con ellas antes de que cualquier otro logre el mismo objetivo. El éxito depende de la estrategia con que ejerza el poder.

Gobierno por presencia y por combate

Un macho dominante está constantemente expuesto a la potencial confrontación con otros machos. Sin embargo, en las condiciones de mediana a baja densidad de animales típicas de Valdés, las luchas son casi un evento. Algunos individuos permanecen toda la temporada en su posición dominante sin que se les haya visto luchar una sola vez. En ocasiones, la dominancia es tal que basta con una mirada para que un subordinado emprenda la retirada. Un comportamiento exitoso es el que economiza esfuerzos y algunos individuos logran ejercer el poder por su mera presencia.

La dominancia puede entenderse como un área de influencia cuyo efecto sobre otros individuos se ejerce a través de la amenaza y el riesgo que implica el despliegue de la fuerza. El sólo hecho de que un macho alfa permanezca en un lugar genera distancia con otros machos y efectos sobre las hembras (agrupación e integración al harén). Las expresiones faciales delatan el efecto de una amenaza, reflejan el impacto de la dominancia y predicen la respuesta comportamental. El principio de antítesis, descrito por Darwin en su libro *Sobre la expresión de las emociones en el hombre y los anima-*

les, se aplica bien a una situación de amenaza entre elefantes marinos. El animal dominante se presenta con la trompa inflada, tensa, con dos o tres arrugas horizontales o pliegues muy marcados. El cuerpo también se muestra tenso, grande, en actitud de avanzar hacia el contrincante. Esta postura se acentúa si ocurre una vocalización. El sonido acompaña al mensaje de la actitud corporal.⁴ No quedan dudas sobre las intenciones de un macho que despliega su poder. Si el macho amenazado responde a este despliegue con una actitud semejante, entonces ambos avanzan uno hacia el otro algunos metros y vuelve a ocurrir un intercambio de vocalizaciones. El comportamiento puede seguir en esta dirección, y al cabo de dos o tres etapas ocurre una lucha. Lo más habitual, sin embargo, es que uno de los animales involucrados ceda a la tensión. Entonces se produce un cambio inmediato en su actitud. La trompa se desinfla y repliega contra la cara, los ojos se abren más, el cuerpo afloja la tensión y las vocalizaciones cesan (o, como se dijo más arriba, adoptan

⁴ Las vocalizaciones de los elefantes son sonidos complejos que llevan el sello del individuo que los emite y de la subpoblación a la que pertenece. Una vocalización se compone de varios pulsos separados por silencios. Los pulsos duran aproximadamente de 3 a 5 segundos y los silencios, 2 segundos. La mayoría de las vocalizaciones duran menos de medio minuto, aunque algunas prolongadas llegan al minuto. El sonido de una vocalización es de baja frecuencia (300 Hertz) y alta intensidad (110 decibelios a 1 m de distancia). Estas características permiten que el mensaje llegue a distancia y se destaque del ruido de base que caracteriza a una agrupación reproductiva. Las vocalizaciones se emiten con las cuerdas vocales. La nariz no interviene en la emisión de sonido, aunque puede ayudar a generar reverberaciones y amplificaciones de ciertas frecuencias. No se sabe si los elefantes se identifican individualmente sobre la base de sus vocalizaciones, pero su comportamiento sugiere que sí lo hacen. A la variación individual de una vocalización se agrega la variación poblacional. Los elefantes tienen dialectos: variaciones en las señales acústicas que permiten caracterizar a una agrupación y diferenciarla de otra con la cual hay poco o ningún contacto reproductivo.

características que sugieren los sonidos emitidos por las hembras). En un instante, un macho que impresionaba por su despliegue de combatividad, se muestra sumiso y asustado. El observador percibe claramente el efecto contrario de las expresiones faciales y de la actitud corporal. A veces el cambio ocurre tan rápidamente que pasan algunos instantes antes de que la comprensión del observador se adapte a la nueva circunstancia, por sobre las expectativas creadas por el despliegue original.

Cuando dos machos llegan a la instancia de una lucha, parecería ser que la mejor opción para resolver el problema es la contundencia en la acción: gana el que pega más fuerte y causa más dolor. A veces la resolución de la lucha llega rápidamente: uno de los dos rivales asienta un golpe con inmediato efecto sobre el otro rival, lo que termina con la confrontación. Otras veces, el golpe certero no llega y la lucha se extiende convirtiéndose en un combate por desgaste. Los resultados de esta situación son costosos para ambos machos. Los golpes son tremendos, capaces de derribar una pared sólidamente construida. Ambos animales terminan heridos, sangran profusamente, se los ve exhaustos. No muestran inmediata evidencia de traumatismos internos, pero seguramente los hay. En ningún momento, ni durante ni después de la lucha, dejan los machos traslucir signos de dolor interpretables para un ser humano. Un macho sangrante, con parte de la trompa colgando de la piel, un colmillo roto e innumerables marcas de dientes en la cara, el pecho y los flancos, se retira a una parte aislada de la playa donde permanece por algunas horas. El costo de bajar en el nivel de jerarquía es tener que cuidarse de un mayor número de potenciales agresores, limitando las opciones de aprovechar las oportunidades. El ganador, también cubierto en sangre, continúa su actividad, incluso puede aparearse con alguna hembra al tiempo que aleja al resto de los periféricos que rodean su harén. Su resistencia es admirable.

Los desubicados machos jóvenes

La maduración sexual en los elefantes marinos debe diferenciarse de la maduración social, esto es la que caracteriza a un animal que puede integrarse exitosamente a una agrupación reproductiva. Se entiende como maduración sexual a la edad de primera ovulación para las hembras y de maduración testicular en los machos. La maduración social es más importante para el macho y representa la edad a la que un animal tiene opciones de competir por hembras. Los machos llegarían a la madurez sexual entre los 4 y los 5 años, aunque a esa edad no tienen condiciones físicas como para competir con machos adultos. Los machos que controlan harenes, serían animales comprendidos entre los 10 y 12 años. La etapa de la vida de un macho entre los 5 y los 8 años se caracteriza por la desubicación, esto es: no saber bien qué se debe hacer ni en qué momento hacerlo.

Los machos jóvenes deambulan por las playas portando el estandarte de la amenaza difusa. Como consecuencia, se convierten en objeto de agresión, incluso para otros machos jóvenes. Se los suele ver con heridas en todo el cuerpo y su actitud y expresión sugieren una combinación de asombro con resentimiento. El comportamiento no los ayuda a mejorar la reputación. Cuando se encuentran con una hembra, la primera reacción es intentar aparearse con ella, no importa su estado reproductivo o receptividad. El resultado suele ser el de recibir más heridas, en el cuerpo y el amor propio. Pero si la hembra se encuentra lejos de otros machos más corpulentos, nada detendrá al joven impetuoso. Las hembras solitarias se exponen a los peores aspectos de una sociedad que es inexorable con los que se equivocan. Los machos perdedores que no llegaron a formar harenes pronto las descubren y la hembra se ve expuesta

al maltrato en la forma de apareamientos forzados o heridas. Muchas pierden a su cría o la abandonan cuando éstas son demasiado pequeñas como para tener una oportunidad de sobrevivir.

Pero los dramas cotidianos también afectan a los machos jóvenes, quienes no sólo ponen en riesgo a las hembras y a sus cachorros sino a ellos mismos. Los siguientes son algunos ejemplos que ilustran el comportamiento de estos individuos:

- Un macho adulto permanece inmóvil en el centro del harén, despierto y atento, durante la marea alta. Hace cinco semanas que defiende exitosamente su posición. Tres machos periféricos se encuentran a distancia prudencial del centro del harén. Uno de ellos está muy cerca de una hembra, pero ésta aún no es receptiva. Un joven se acerca desde el mar, confunde a uno de los periféricos por el macho dominante y decide encarar dos hembras receptivas ubicadas a menos de 15 metros del verdadero macho dominante.
- Un macho joven se acerca cautelosamente a una hembra. La hembra protesta (emite sonidos), el intruso es descubierto y emprende la retirada perseguido por el macho dominante. Mientras se aleja a toda marcha mira hacia atrás estimando la distancia de su perseguidor. Pero comete el error de ir en dirección a un médano que le corta la retirada. Debe entonces girar y enfrentar al macho dominante, que es el doble de su tamaño y está dispuesto a liquidarlo.
- Una hembra se va hacia el mar escoltada por el macho dominante, luego de haberse apareado con él varias veces. Seis machos periféricos esperan la oportunidad para acercarse a la hembra. El macho dominante deja el harén momentáneamente desatendido. Un macho joven aprovecha entonces la oportunidad

para acercarse a una hembra receptiva que no protesta ante su avance reproductivo. Mientras intenta el apareamiento, el joven está atento al dominante que se encuentra lejos y ocupado en mantener alejados a otros machos periféricos de la hembra que parte. El joven no ve que desde atrás se acerca el segundo macho en el orden de dominancia de la playa, con la misma intención que él pero con un porte más impresionante. El joven desmonta y lo enfrenta.

Las malas decisiones sobre tiempo y espacio pueden costarle a un macho la temporada reproductiva, tal vez la última o la única oportunidad de reproducirse de su vida. Las decisiones son difíciles: ¿es mejor esperar pacientemente como periférico de un harén grande o buscar el dominio de un harén más pequeño?, ¿es mejor dominar un harén mediano y controlar a todas las hembras con eficiencia, o señorear en un harén grande, pagando el costo de que algunas hembras sean inseminadas por machos periféricos? Cuando un macho encuentra su equilibrio, no comete errores en la apreciación de una situación en la que se encuentra involucrado, evita así las consecuencias adversas de las malas decisiones, elige con economía de movimientos y tiene el nivel de protagonismo que cada circunstancia exige; cuando un animal sintetiza todas estas cualidades carga hasta en su sombra la esencia del poder. Estos machos (Ódon, Funes, Thor, Ger) sugieren que algunas decisiones en la vida son un componente de la belleza y que el éxito sostenido no suele ser el mero producto de la buena suerte.